

Mr. Kenneth McKim, que fué nuestro director de Publicidad, ha regresado a Nueva York

HEMOS tratado pocos hombres tan capacitados para su labor, tan sencillos y tan simpáticos como el que hasta noviembre de 1928 desempeñó entre nosotros, con singular

país se aclimató maravillosamente a nuestros usos y costumbres, convirtiéndose en algunos meses en un verdadero *castizo*.

Su extraordinaria capacidad de tra-



Mr. Kenneth McKim, que hasta hace poco desempeñó las funciones de director de Publicidad de la Compañía

modestia y acierto, el cargo de director de Publicidad. Todos en la Compañía Telefónica Nacional de España conocían y estimaban a Mr. Kenneth McKim, que apenas llegado a nuestro

bajo le permitía sentarse a la máquina y escribir horas y horas, lo mismo del día que de la noche, hasta dejar terminados los artículos o anuncios de todo género que la variada publicidad

telefónica exige. A sus fáciles dotes de escritor une el Sr. McKim una vertiginosa rapidez como mecanógrafo, lo que le permite redactar sus escritos directamente a la máquina en el mínimo de tiempo posible. Raras veces hemos visto reunidos, como en él, al amigo que sabe ser jefe y al jefe que sabe ser amigo, cualidad inapreciable que sólo se encuentra en aquellos que han ido subiendo por su propio esfuerzo y conocen a fondo las vueltas que da la vida.

Varios años hemos compartido su labor un puñado de españoles, y en nombre de todos asegura el que esto escribe que le recordaremos con imborrable afecto hasta que tengamos la satisfacción de volver a estrechar su franca mano.

En los momentos de inaplazable y urgente labor, cuando la tensión nerviosa nos tenía malhumorados, el señor McKim acertaba siempre con la frase que había de resolver en risas la situación. Los incontables amigos que deja en España podrían referir sus múltiples rasgos de ingenio, su buen humor y especialmente la bondad de su corazón. Los que hemos estado a sus órdenes podemos dar fe de ello.

En el ejercicio diario de su cargo enseñó generosamente a su personal cuanto se necesita para llegar a ser un especialista práctico en el difícil arte de la publicidad. La pluma que rasguea estos renglones se honra en reconocer que de él aprendió muchas cosas.

Cuando estas líneas vean la luz, el Sr. McKim se encontrará en California en disfrute de unas bien ganadas vacaciones, que en unión de su esposa pasará junto a su señora madre.

Dos días antes de partir, un grupo de amigos íntimos, integrado por los Sres. Strong, Hale, Soler, Vantubergen, Estanislao Urquijo, Satrústegui, Cámara, González Noguera y el abajo firmante, se reunió a cenar con el señor McKim. Durante la cena, que se dió en un típico colmado de la plaza de Santa Ana, imperó la más grata camaradería y hubo su pequeña sesión de cante flamenco. Antes de terminar y a modo de brindis, mejor cuanto más breve, el autor de este articulejo dió lectura al siguiente soneto:

Kenneth McKim. Cabeza de Beethoven,
gran corazón, espíritu fraterno,
el de la risa franca, siempre joven,
y el renovado puro sempiterno.

Encontrarás poetas que te troven
en estilo más fácil y moderno;
pero no lograrán, por más que inmoven,
decir nuestro cariño, que es eterno.

Eso llevas contigo, americano,
casi español, por ser californiano:
nuestro cariño fiel, seguro, fuerte.

Y ahora, señores, que circule el vino.
¡Brindemos por el nuevo peregrino!
¡Sr. McKim! ¡Dinero, salud, suerte!

El día que salieron de Madrid hacia París y Cherburgo los Sres. de McKim, hubo en el andén de la estación del Norte una auténtica manifestación de simpatía.

El 14 de diciembre embarcaron en el *Leviatán* con rumbo a Nueva York.

Desde la España que tanto quieren y en donde tanto se han hecho querer, les enviamos nuestro saludo más cordial, nuestra amistad más efusiva, nuestro deseo ferviente de que la prosperidad y la alegría sean sus eternas compañeras.

F. ESCRIVÁ DE ROMANÍ.